

sábado es más alegre que el domingo; los preparativos dan más gusto que el viaje mismo. Es una especie de embriaguez todo aquel tiempo empleado en repetir cien veces las mismas cosas, trazando cien veces las mismas líneas sobre el mapa antes roto que aplicado á su destino, entre el desorden de maletas y valijas, cerca de la ventana entreabierta desde la cual buscamos ya en el horizonte los azulados contornos de ciudades y montes desconocidos y parece que el aire nos trae ya un vago olor de agua marina y de brea de puerto.

Nunca tuvo para nosotros más precio nuestro amigo; estamos celosos de su salud como un empresario de teatro de la voz de su tenor. Él es, por sí sólo, una gran parte del placer de nuestro viaje; es nuestro espejo, nuestra lente, nuestro eco, nuestro álbum vivo, nuestro espejo ustorio moral que refleja, concentra y anima todas nuestras emociones.

No hay ya peligro de melancolía.

En las inmensas calles de las ciudades extranjeras, en los grandes teatros atestados de gente desconocida, en los momentos en que nos comienza á entrar el mal humor negro, abrimos el registro de las tonterías y de las bagatelas familiares, evocamos los amigos burlones, recordamos lugares,

palabras, cuentos de nuestro rinconcito en la lejana poblacion y el buen efecto es inmediato y maravilloso.

Es un placer que no puede describirse, el que se siente al despertar en el cuarto de una fonda, despues de un sueño que nos ha trasportado á casa, al punto mismo en que vemos por la ventana, entre la neblina, la arquitectura exótica de la ciudad nueva, que nos reclama duramente á la conciencia de nuestra separacion del país soñado, sentir en el cuarto inmediato la voz festiva del amigo, como la voz misma y el saludo de la pátria que nos acompaña.

¡Y en las grandes mesas redondas, en medio de aquella corona de caras nunca vistas que muestran el hastío y la tristeza de la soledad, en aquel silencio mudo de autómatas que comen, qué gusto se experimenta al engolfarnos nosotros dos en una conversacion calurosa y jovial que produce envidia alrededor nuestro y suena en nuestro oido y nos llega al fondo del alma como un trozo de música de nuestro país!

¡Y en los dias de lluvia, cuán bellas son aquellas horas que pasamos juntos en un ángulo de nuestra estancia arreglando aquel bendito balance, que, estirado por una parte, pide socorro por la otra,

festejando sobrantes inesperados que á la segunda cuenta se desvanecen, y haciendo feroces propósitos de economía, suspirando y riendo, con los ojos fijos en aquellos pobres *marengbi* exparcidos por la mesa, como los restos de un naufragio sobre la orilla!

A la verdad, tambien en viaje son inevitables los resentimientos.

De poco sirve que el amigo represente la patria para nosotros; parécenos á veces que la patria podría estar mejor representada; nos parece que el diputado es perezoso, testarudo, incisivo, pedantescamente injusto para con el país extranjero ó ingratamente maligno para con el propio, y no pocas veces discutimos con una bñlis que nos oscurece la vista ante los monumentos más ilustres, ó tambien ocurre á veces que nos volvemos la espalda por la mañana para no volvernos á ver hasta la noche.

Pero por la noche nos volvemos á ver, llenos de alegría, como si hiciera un mes que no nos veíamos. Es imposible conservar la dureza al volver á ver aquella cara que, entre las cien mil que habremos visto áquel día, es la única que conocemos, la única que puede hablar de aquel ángulo de lejana tierra, donde está recogido y donde nos espera todo aquello que tenemos en el mundo de más querido.

Es imposible no tender ambas manos al amigo cuando se vuelve con él al aposento en medio de aquellos baules abiertos, de aquellos pequeños objetos desparramados acá y allá, que nos recuerdan á ambos, las manos activas y cariñosas que nos han preparado todo para el viaje, y las voces trémulas que nos han hecho las últimas recomendaciones, cuando ya teníamos el pié en el estribo.

En aquella hora, en medio de aquellos objetos, despues de haber escrito nuestras cartas, nos hablamos con un cariño insólito entre nosotros, nos hacemos confidencias que nunca nos habíamos atrevido á hacernos, y hasta el amigo frio que jamás sintió la necesidad de una caricia fraternal, posa la mano sobre el hombro del amigo.

Y luego hay el placer febril del regreso, y más tarde el placer aun más vivo del recuerdo.

Y entonces, todo se embellece al pensamiento, hasta el hastío, hasta los desengaños y los sinsabores. Es aquel un pequeño mundo de memorias absolutamente nuestras, en el que nos place encerrarnos y revivir sólo los dos, á veces sin discurrir ni hablar, solfeando solamente aquellos dos ó tres motivos obstinados que nos acompañaron durante el viaje, y que ora nos recuerdan las cosas, ora los colores, ora el aire de los lugares, mejor aun que

las palabras; y de cuando en cuando tenemos necesidad de volver á empezar la conversacion del *¿Te acuerdas....?* y la volvemos á empezar siempre con el mismo placer, ayudándonos á porfía á recomponer y á iluminar aquel cuadro, delante del cual se desvanecen nuestros pequeños rencores, como se desvanecen los rencores de dos hermanos al eco de una sinfonía lejana, que recuerda á entrambos una antigua fiesta del hogar.

*
* *

Otro de los grandes placeres consiste en discurrir íntimamente de las cosas propias, con un amigo de nuestra misma profesion.

Cuán verdadera es la máxima que dice: "podremos tener envidia unos de otros, desacreditarnos y hasta odiarnos; pero no se habla con completa satisfaccion sino entre gente que se ocupa como fundamento de la vida, de las mismas cosas que nosotros."

Se entiende bien que siempre que se hable de los negocios comunes en aquellos buenos momentos en los cuales el sentimiento de la envidia y de la competencia está sofocado en nosotros por un deseo prepotente de abrirnos y de comprendernos unos á otros y nos encontramos con el ánimo puro delante de la ciencia, del arte ó del oficio en que somos colegas.

Entonces la conversacion sube y se eleva rápidamente y nos procura á ambos la satisfaccion de un

desahogo del corazón y el placer nervioso de un trabajo de la inteligencia.

Estamos en nuestro campo, el pensamiento abunda, la palabra sale fácil y clara, poseemos una cantidad de formulas comunes que aligeran el discurso y nos entendemos hasta por señas.

Nos probamos sobre las dificultades generales, sobre las alternativas íntimas de la lucha de la voluntad contra la carne y sobre las satisfacciones secretas de la conciencia.

La respuesta de uno, es el eco del pensamiento del otro; no teníamos necesidad de interponernos; al escuchar al amigo que habla de sí mismo, experimentamos idéntico placer que al hablar de nosotros en persona.

Somos como dos enfermos de los nervios que experimentan una voluptuosidad acre, al saludarse y reconocerse los dos torturados por los mismos dolores y por las mismas angustiosas alucinaciones que ningún extraño comprende.

Poco á poco, tomando ánimo uno sobre otro, nos comunicamos los tormentos de un pensamiento único que llevamos escondido en la frente durante meses enteros, como un agujero ardiente.

Los cansancios rabiosos en que la mente se agita todavía como una mano mutilada, para aferrar la

idea que no puede retener más, y el ánimo se contrista á la sospecha de una decadencia lenta, irreparable de las facultades intelectuales; las noches agitadas por cien espantosos sueños, que acaban todos, después de una vertiginosa vuelta en aquel mismo asunto ó en aquella misma página maldita sobre la cual habíamos roto la pluma en el últimos momento; los largos días de precipitado trabajo y de asaltos infatigables y furiosos sobre una dificultad que nos detiene á un paso de la meta, y nos rechaza, con la desesperación en el alma; y aquellas ansiedades mientras estamos allí encerrados en nuestro trabajo, aquel triste afán que nos acomete pensando en la vida que huye y en tanta gente como se agita, obra, es libre, goza del mundo y nos desprecia, y el suplicio de aquella horrible facultad crítica que rompe todos nuestros ímpetus, turba todas nuestras satisfacciones, agrava nuestras fatigas y se convierte en cómitre feroz contra nosotros mismos, y los tristísimos días de impotencia y decaimiento, en los cuales la envidia muerde nuestras entrañas y la piedad de nosotros mismos arranca el llanto á nuestro corazón.

A cada revelación que nos hace el amigo, escapa una exclamación de maravilla y placer.

Es un consuelo infinito el de contarse uno á otro

cosas y tocarse con la punta de los dedos las fibras más sensibles y oír que se contestan como las cuerdas de dos instrumentos.

Los celos del oficio renacerán mañana. Pero hoy no sentimos más que nuestra fraternidad de condenados.

Somos dos operarios que desahogan su alma, al rededor de la misma mole de granito en las entrañas de la misma montaña.

—¡Vaya!—nos decimos uno al otro en el corazón—¡Qué pobre mártir eres tú también!

Y excitado por aquellas palabras pasamos sobre la prudencia acostumbrada: nos confesamos las lagunas de la inteligencia, nos decimos al oído, cuáles son las ruedas inmóviles y los muelles rotos de nuestra máquina intelectual, con que vergonzosos artificios nos paramos ante los pasos peligrosos y con qué imposturas procuramos engañar al mundo algunas veces; llegamos hasta cambiar consejos útiles y á ceder nos uno á otro ideas preciosas; y en tanto nos preguntamos en secreto:

—¿Por qué no somos siempre así? ¿Por qué no usamos siempre entre nosotros esta sinceridad, que además de ser tan noble, es tan ventajosa para los dos?

Y cuando nos lo hemos dicho todo, exhalamos un

suspiro, nos sentimos vigorizados de nervios y de ideas; nos saludamos con un apretón de manos que expresa la alegría y la gratitud; y volvemos á meternos en el trabajo, preparados más gallardamente á luchar y á sufrir con la imagen de aquel otro condenado delante de los ojos.

*
* *

Pero el máspreciado de todos los placeres es el de la hospitalidad. El de recibir al amigo íntimo en nuestra casa, cuando es verdaderamente íntimo y tiene el raro sentimiento de la familiaridad suelta y delicada á un mismo tiempo.

Cuando está entre nosotros como en su casa y dá vueltas por las habitaciones como un hermano, y conoce hasta los más pequeños objetos, se extraña de todo cambio, discute sobre la colocacion de los muebles, pone siempre el sombrero en el sitio elegido de antemano, quiere ocupar su silla preferida, arranca la hoja atrasada del calendario, dá su juicio franco sobre el café y echa sus siestecitas de cinco minutos cuando está cansado.

Es un placer singular el de oír su voz alta en la sala de entrada y su paso habitual en el corredor; es otra voz, es otro ruido de pasos que el que sentimos por las calles.

Verdaderamente, ningun amigo nos parece bas-

tante íntimo hasta que no hemos visto su rostro en aquel ángulo, contorneado por aquellas flores de la tapicería y alumbrado por la luz de nuestra casa, en medio de aquellas mil cosas que tocamos cada día, dentro de aquel aire que sabe todos nuestros afectos y todos nuestros secretos, entre aquellas paredes que nos han oído muchas veces hablar mal de él.

El placer que experimentamos. es de una naturaleza que escapa á la potencia de la palabra, como ciertos tonos ligeros de los colores, escapan á la potencia del pincel.

La expresion de la amistad, entre nosotros, cambia de tono; son dos sentimientos armónicos: en él el respeto de la casa, en nosotros una respetuosa gratitud por aquel respeto. Dos sentimientos que, sin restringir la libertad, dan á nuestras palabras, á nuestras maneras, á la expresion de nuestra cara, no sé qué más distinguido y más mórbido, que es para nosotros lo que una ligera veladura para ciertas voces, la cual las hace más agradables al oído.

En aquellos momentos, él es más nuestro y nosotros sentimos más seguros de él.

Y aunque no sea uno de los más queridos entre nuestros amigos, todos los besos que estampa en la frente de nuestros hijos, nos resuenan en el fondo del

corazon, como vagas promesas de lejana proteccion y nos parecen otros tantos sellos que él pone con la boca á nuestra amistad.

Y cuando los suyos y los nuestros se saludan en nuestra casa haciendo una graciosa confusion de rizos, de bracitos desnudos y de trajecitos claros, nosotros con la imaginacion recorremos los años, soñamos en la herencia de la amistad, vemos, temblando secretamente de placer, jóvenes valientes que se turban al encontrarse y vienen á casa, tristes, á confesar sus secretos. Y mirándonos en aquel instante, nos leemos en los ojos el mismo pensamiento y sentimos que aquel pensamiento dá un apretón á los lazos que nos unen.

¡Cómo nos alegra cualquier señal de buen humor que dé en nuestra casa, aun el amigo cuyo buen humor no busquemos fuera de casa!

Es, en verdad, un amor propio de dueño del nido que no tiene nada que ver con la vanidad de amo de casa.

No entra la vanidad en la alegría que se siente esperando al amigo, cuando en la casa se hace el trabajo por él, y los muchachos saltan entre nubes de polvo levantado por el barrer afanoso de las grandes ocasiones, felices con aquella confusion y aquellos olores insólitos.

Es un sentimiento lleno de graciosa poesía el que nos hace poner de muestra en aquel día todo lo que en casa tenemos de más agradable á la vista y que suenan más agrodablemente á los golpecitos del índice ó que prometa una alegría más elocuente.

El amigo puede tener cuantos defectos se quiera y habernos dado en otras ocasiones mil disgustos; aquellas paredes pueden haberlo oído despedazar sin compasion cien veces; no importa.

En quel momento se escusan sus defectos, las maledicencias se olvidan, su presencia se desea sinceramente, su venida se espia con impaciencia desde la ventana, su campanillazo nos arranca una exclamacion du placer: la acogida que se le hace sale del corazon.

Y no hay sombra de aduacion en el estudio que se pone en no contradecirle siquiera en la más mínima cosa, en el cuidado con que se busca, que hasta sus más ligeros deseos sean prevenido; que los muchachos pronuncien su nombre, que toda la casa le sonría y le deje un buen recuerdo de nosotros.

Mañana volveremos á tomar nuestras asperezas y nuestros malos humores.

Pero hoy no; hoy es un dia de fiesta en el que no se recuerda ni se prevé más que el bien: el amigo está

bajo nuestra tienda, sagrado é inviolable como el huésped del árabe.

¡Podrá no acordarse de estas horas en los días en que tendremos necesidad de poner á prueba su amistad!

Pero ¡qué! Las olvidamos también, porque hemos olvidado otras semejantes nosotros también; y, sin embargo, no por eso dejamos de estar conformados y tranquilos...

¡A tu salud hermano!

*
* *

¿Y el placer de encontrarse juntos en uno (es una palabra quiz nos falta) aburridos del salón lleno de gente compuesta y helada charlar un rato en un ángulo nosotros dos solos, hablando mal de todo el mundo, protegidos por los sombreros, sin que trascienda nada en la impasible cara?

¿Y el placer de encontrarse separados uno de otro en una sala de conferencias, llena, y buscarse con la mirada, comprendiéndose con una ligera contracción del rostro, nosotros dos solos, á cada lugar común, á cada pomposa majadería, á cada rimbombante tirada que enjareta un charlatan aplaudido?

¿Y el placer de descubrir inesperadamente al amigo la tarde de un domingo lluvioso, solo y aburrido en la platea de un teatrillo, donde nos hemos arrojado los dos por desesperación, despues de haber buscado inútilmente por la ciudad entera un perro que nos hiciera compañía?

¿Y el placer de encontrarse, uno á derecha y otro

á izquierda de un grueso personaje, venerable y lleno de viento, del cual conocemos toda la infantil vanidad y que nos cree sus admiradores devotos y enjabonarlo con arte endiablado, hasta el punto de caerle de la boca las expresiones de agradecimiento, alegres y modestas por las cuales es famoso, cambiando entre nosotros miradas de inteligencia por detrás de la espalda del inocente?

¿Y el placer de repetirse durante un día entero, y todas las veces que nos vemos por semanas y meses, una broma, un verso, una frase estúpida, una palabra extraña, una tontería indefinible que se nos ha metido en la cabeza, revolviéndola en todos sentidos, metiéndola en todas las conversaciones, arrojándola en los oídos á todos los que se encuentran, hasta que los amigos nos suplican con las manos juntas, que acabemos?

¿Y el placer de pasearse juntos por la ciudad, después de muchos días de trabajo apresurado, por casualidad, sin dirección y sin pensamiento, tomando por las calles más desiertas, deteniéndose á todas las esquinas, formulando la biografía de todos los transeúntes, en medio de las nubes de humo de dos cigarros extraordinarios?

¿Y el placer de estar dos horas á la ventana, uno junto á otro, con la cabeza hundida en los hombros,

contemplando una lluvia fina de Otoño, repasando en falsete una ópera entera, desde la sinfonía al rondó final, con los ojos fijos en los húmedos techos de las casas de enfrente y la fantasía en el reino de los sueños?

¿Y el placer de tomar, dejar, reanudar continuamente, como hacemos, según los días y los humores, ora uno, ora otro, de aquellos diez argumentos, sobre aquellos diez objetos distintos, que forman el fondo estable de nuestra conversación, y alrededor de los cuales trabajamos con el pensamiento por costumbre, á través de los años y de los sucesos, cambiando y corrigiendo de tiempo en tiempo nuestras opiniones, y uno conoce todas las peripecias de las opiniones del otro, y cada objeto tiene su historia, á la cual se unen mil reminiscencias de discursos, de lugares, de personas, de lecturas, de casas que se levantan delante, á cada vez que se vuelve á emprender el discurso, como las escenas ilustradas de una comedia?

No son más que pequeños placeres, sin duda, ¿pero qué hacemos nosotros para tenerlos grandes?

Avanzando en los años, acabamos por contentarnos con los pequeños placeres frecuentes, porque nos hemos persuadido de que las grandes alegrías, ó no existen, ó no sabemos procurárnoslas, ó son demasia-

do raras; al mismo tiempo que, llegados á cierta edad, se vuelve á apreciar lo sencillo y lo ingénuo, por desesperacion de lo perfecto y de lo sublime.

¡Desventurados aquellos que no sienten estos pequeños placeres! Porque si en rigor no son hilos de oro, al ménos son los hilos dorados que hacen lucir aquí y allá la trama oscura de la existencia; son una leve sonrisa de todos los días, que nos compensa, no de los fuertes dolores, pero de una infinidad de pequeños disgustos, de que nadie puede consolarnos, porque no osamos confesarlos á nadie.

Y aun cuando la amistad no nos diera otra cosa, bastaría esto á hacerla necesaria y hacérsola bendecir como la luz del sol.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
La amistad.	3
Los amigos.	31
El orgullo.	125
Altas y bajas.	153
Batallas íntimas.	217
El primer amigo.	249
Jóvenes y viejos.	259
Los placeres de la amistad.	289

